

mismo espacio que ocupaban los soldados huexotzingos, que acudieron á defender á su general cuando cayó muerto por su mano. El monumento llevó el nombre del día en que se ganó la memorable batalla.

El rey Pocos dias despues de la anterior victoria, Nezahualpilli se casa con dos señoras mejicanas. Nezahualpilli pensó en unirse á una mejicana de familia distinguida, para estrechar así mas el lazo que unia á las dos aliadas naciones. Muchas eran las mujeres que entonces tenia Nezahualpilli, y todas de la nobleza, de las cuales contaba numerosos hijos; pero á ninguna habia elevado al rango de reina, reservando este honor para alguna parienta del monarca mejicano.

Constante en su pensamiento, pidió á Tizoc, rey de Méjico, que le diese para esposa una jóven de la familia real; y Tizoc se apresuró á obsequiar su deseo, dándole una sobrina suya, hija de Tzotzocatzin.

Conducida la novia á Texcoco por los embajadores de Nezahualpilli, se celebraron las bodas con un esplendor nunca hasta entonces visto, asistiendo á ellas los reyes de Méjico y de Tacuba, y toda la nobleza de las tres naciones. Asistió igualmente á la ceremonia una hermana de la bella desposada, llamada Xocotzin, jóven de una hermosura extraordinaria, á quien profesaba particular aprecio. Dominada de este profundo afecto, pidió á su padre que dejase á su hermana viviendo con ella en su palacio de Texcoco, y concedido el favor, la hermosa Xocotzin permaneció junto á la recién desposada.

Segundas bodas de Nezahualpilli. Pronto la belleza de la simpática Xocotzin inflamó el corazon del rey Nezahualpilli, y

pidiéndola por mujer, se unió á ella, elevándola tambien á la categoría de reina.

Estas segundas bodas excedieron en fausto á las primeras, desplegando la corte un lujo inusitado y un esplendor deslumbrante.

De ambas hermanas tuvo el rey hijos, cuyo nacimiento se celebró con las solemnidades y fiestas dignas del brillo de su corona. De la primera, tuvo al príncipe llamado *Cacamatzin*; y de la segunda á *Huexotzincatzin*, á quien se puso este nombre, en memoria del triunfo alcanzado sobre los huexotzingos.

Ambos desempeñaron un papel importante en los acontecimientos que mas tarde se operaron en Anáhuac, y de los dos nos ocuparemos detenidamente, cuando lo exija la relacion de los hechos.

1482. Cuando en Texcoco las satisfacciones y los Muerte del rey de Méjico Tizoc. lícitos placeres parecian empeñados en hacer agradable la existencia del rey Nezahualpilli, en algunos Estados tributarios de Méjico se trabajaba secretamente para privar de la suya al monarca mejicano Tizoc. Entre los que proyectaban la muerte del soberano, se encontraba Techotlalla, señor de Itztapalapan, y Maxtlaton, señor de Tlachco, ambos feudatarios suyos.

Cautos y poderosos, únicamente revelaron el pensamiento á las pocas personas que debian ejecutarlo, y á quienes ofrecieron un premio considerable.

El rey Tizoc se ocupaba en aquellos instantes de preparar materiales para erigir un nuevo templo al dios Huitzilopochtli, que excediese en magnitud y grandeza á todos los fabricados hasta entonces. Hecho el diseño y



apenas comenzada la obra, el rey expiró en 1482, á los cinco años de su reinado, víctima de un veneno que los señores de Itztapalapan y de Tlachco lograron que se le diese de una manera disimulada. El vulgo atribuyó la muerte del monarca á las hechiceras; pero la nobleza, comprendiendo que existia en ella algo que revelaba un crimen, trabajó con actividad para averiguar la causa, y llegó á descubrir á los autores de ella. Reducidos inme-

diatamente á prision, los regicidas sufrieron la pena de muerte en medio de la ancha plaza de Méjico, en presencia de los reyes aliados, de los señores de otras provincias y de la nobleza mejicana y de Texcoco.

1482. Las exequias del monarca Tizoc, que expiró en el año quinto de su reinado, se celebraron con la grandeza que á su elevado carácter correspondia. A las exequias siguió la eleccion de nuevo soberano, que recayó en su hermano Ahuitzotl, que se habia distinguido, como general de los ejércitos, en diferentes campañas.

Significado del nombre Ahuitzotl. Ahuitzotl, que significa *animal palustre*, se hallaba en lo mas florido de la edad y anhelante de gloria y de renombre.

Sale el rey á campaña para hacerse de prisioneros á quienes sacrificar en su coronacion. El nuevo monarca, despues de las ceremonias que seguian á la eleccion, salió á campaña para hacerse de los prisioneros que debian sacrificarse en las fiestas de su coronacion.

Los primeros que sintieron el golpe de su ejército fueron los mazahuas, que se habian rebelado contra el rey de Tacuba y sacudido su yugo. Vencidos y der-

rotados y reducidos al orden, el rey Ahuitzotl volvió triunfante á Méjico, donde fué coronado con la mayor solemnidad.

Su primer cuidado, despues de empuñar el cetro, fué continuar la fabricacion del suntuoso templo trazado y principiado por el rey Tizoc.

La suntuosa fábrica se levantó en el mismo sitio en que hoy se encuentra la notable catedral católica, que embellece á la moderna y hermosa ciudad de Méjico.

El templo principal de Méjico estaba en Tlatelolco, y no donde hoy se halla la catedral. El nuevo *teocalli* ocupaba un área inmensa; pero no era, como se ha dicho por apreciables historiadores, el templo principal que existia en la corte de los emperadores aztecas.

Ha padecido una equivocacion el ilustre historiador Clavijero, al asegurar que el espacioso *teocalli* «empezado por el rey Tizoc y terminado por Ahuitzotl, fué aquel gran templo que tanto celebraron los españoles despues de haberlo arruinado, que ocupaba el centro de la ciudad, y comprendia, juntamente con los otros templos y edificios anexos á él, el sitio de la gran iglesia catedral» (1).

El gran *teocalli*, el que justamente llamó la atencion de los españoles y describieron ensalzando su grandeza Hernan Cortés y Bernal Diaz del Castillo, se levantaba imponente y soberbio en Tlatelolco, junto á la plaza del mismo nombre; de aquella gran plaza cercada de portales, doble-

(1) Clavijero. *Historia antigua de Méjico*. Beaumont en su «Crónica», dice lo mismo que el Sr. Clavijero, que «el templo principal estaba donde se halla hoy la catedral».



mente mayor que la plaza de Salamanca (1), y en el sitio mismo en que hoy se encuentra la iglesia de Santiago, ocupando una insignificante parte del vasto terreno que ocupó el templo gentilico.

La exacta descripción del *teocalli* que presenta el ilustre historiador Clavijero, corresponde perfectamente á lo consignado en sus líneas por aquellos dos testigos oculares de los hechos que referían; pero ha sufrido una equivocación al aplicar al templo levantado por el rey Ahuitzotl, lo que realmente se decía del de Tlatelolco.

De los renglones trazados por el conquistador de Méjico y el rudo militar que consignó lealmente los sucesos que se operaron en el país de Anáhuac, se desprende que el gran *teocalli* á que se referían, se hallaba situado en un punto contiguo á la plaza de Tlatelolco, y que contaba una antigüedad mas lejana que la del templo trazado por Tizoc y levantado por el rey Ahuitzotl.

Cuando, en son de amistad, Hernan Cortés visitó el 12 de Noviembre de 1519 la capital de Moctezuma II, manifestó á sus soldados que seria conveniente dirigirse «á la plaza Mayor, á ver el gran adoratorio de *Huitzilopochtli*» (2), favor que solicitó del emperador mejicano. Concedido el permiso, Hernan Cortés y sus soldados «fueron al Tlatelolco», cuyo mercado les sorprendió agradablemente; y apenas salieron de la provista plaza «entraron en el *gran cu*, que ostentaba antes de llegar á él un gran circuito de patios, mayores que la plaza de Salaman-

(1) Hernan Cortés. «Segunda carta-relacion al emperador Carlos V», el 30 de Octubre de 1520.

(2) Bernal Diaz.

ca» (1). Así que Hernan Cortés y sus compañeros llegaron á la altura del templo, Moctezuma, que se encontraba en él, le dijo al primero: «señor malinche, fatigado estareis de haber subido á nuestro *gran templo*» (2). Bernal Diaz pinta en seguida el bello panorama que se describía á la vista; el gran movimiento de la gente que hormigueaba en el mercado y «cuyo solo rumor y el zumbido de las voces y palabras, se podían oír á distancia de una legua»; describe los grandes patios, seminarios y demás templos que estaban delante del dios *Huitzilopochtli*, «en que ahora se ve la iglesia de Santiago Tlatelolco», y termina el capítulo diciendo que «el *gran cu* de Tlatelolco era el mayor templo de ídolos de todo Méjico, aunque habia muchos y muy suntuosos» (3).

Que este templo era el mismo de que hablaba Hernan Cortés en su segunda carta á Carlos V, diciendo que «era el principal; que dentro de su circuito, cercado todo de un alto muro, se podría formar una villa de quinientos vecinos; que tenia cuarenta torres, y que en una de sus capillas puso la imágen de Nuestra Señora», se ve claramente, porque de la expresada imágen habla Bernal Diaz, refiriendo que, con permiso de Moctezuma, se colocó aquella y una cruz en el *gran cu* de Tlatelolco, en un altar apartado de los ídolos, dejando ambas cosas al cuidado de un soldado viejo.

(1) Bernal Diaz.

(2) Idem.

(3) Mucho me he detenido—dice Bernal Diaz—en contar deste gran cu del Tlatelulco y sus patios, pues digo era el mayor templo de sus ídolos de todo Méjico, porque habia tantos y muy suntuosos, que entre cuatro ó cinco barrios tenían un adoratorio y sus ídolos.



Otro dato importante concurre para acabar de persuadir de que al hablar del templo mayor, los conquistadores se refieren al *teocalli* de Tlatelolco.

Cuando Bernal Diaz describe lo que en los cimientos de aquel templo depositaron los que tomaron parte en su construccion, temiendo que se dudase de su verdad, porque hablaba de un santuario de época muy remota, dice que su relacion descansaba en los informes que los caciques y principales señores, así como el mismo Guatimotzin le dieron, asegurándole que lo sabian por tradicion y porque así constaba de sus libros y pinturas correspondientes á las cosas antiguas (1).

Si se hubiera referido al levantado por Ahuitzotl, que no contaba de construido mas que cuarenta y cuatro años, que se cuentan desde 1477, en que subió al trono el rey Tizoc, hasta 1521, en que Hernan Cortés se apoderó de Méjico, no hubiera empleado Bernal Diaz la frase de *mil años*, ni los caciques se habrian referido á los libros y pinturas de hechos antiguos, puesto que la mayor parte de ellos debieron ser testigos oculares de aquel hecho.

Creo, pues, que la equivocacion de los diversos y res-

(1) «Dirán ahora algunos lectores muy curiosos, que cómo pudimos alcanzar á saber que en el cimiento de aquel gran *cu* echaron», etc., haciendo sobre mil años (esto es, un número indefinido y considerable de años) que se fabricó y se hizo. A esto doy por respuesta que desde que ganamos aquella fuerte y gran ciudad y se repartieron los solares, que luego propusimos que en aquel *gran cu* habiamos de hacer la iglesia de nuestro patron y guiador, señor Santiago; y los caciques, y los principales señores, así como el mismo Guatimotzin dijeron que es verdad, «e que así lo tenían por memoria en sus libros y pinturas de cosas antiguas».—Bernal Diaz. *Historia de la conquista de Méjico*.

petables autores que han descrito Méjico, dando el nombre de templo principal al *teocalli* que ocupaba el sitio en que hoy se levanta la suntuosa iglesia metropolitana, ha provenido de una cosa de fácil explicacion.

Despues de la toma de la ciudad de Méjico por Hernan Cortés, se hizo el plano de la nueva ciudad, que se edificó en el mismo sitio que la antigua, aunque bastante mermaidas sus dimensiones. En ese plano, la poblacion india y la española quedaron ocupando distintos puntos. Un ancho canal dividia la parte habitada por los indios, de la que habitaban los españoles, cruzando de una á otra parte por anchos puentes de madera. La poblacion indígena se extendió por los barrios de su demarcacion, especialmente al Norte, desde Santo Domingo hasta Tlatelolco; y la española se estableció en las calles de Santa Teresa, Empedradillo, Tacuba, Arzobispado y todas las inmediatas á donde se hallaban los palacios de Moctezuma, situados precisamente próximos al vasto *teocalli* levantado por Ahuitzotl, cuya área era inmensa, y parte de la cual ocupa hoy la hermosa iglesia metropolitana. Establecida así la division de la ciudad, se formaron dos plazas grandes ó mercados, llamados *tianguis*; uno en Tlatelolco, para los naturales, y el otro en la plazuela del Volador, para los españoles, á poca distancia siempre de la catedral.

Para los vecinos españoles, el templo de Tlatelolco que quedaba retirado del núcleo de ellos, no tenia importancia ninguna, mientras la tenia, y muy grande, el que existia donde hoy se encuentra la catedral, no por la suntuosidad de la obra, sino por el vasto espacio que ocupaba en el centro de la nueva ciudad, abarcando una gran parte de



las principales calles que hoy se hallan próximas á la iglesia metropolitana, y en que los españoles deseaban tener solares para fabricar sus casas.

Por estos motivos, no tiene nada de extraño que al vasto templo de *Huitzilopochtli*, allí situado, lo considerasen, como era para ellos, el principal entonces, quedando el de Tlatelolco, no obstante sus recuerdos históricos, relegado al olvido por la ninguna importancia de su terreno para edificar. Aun puede ser muy bien que algunos escritores que escribieron muchos años despues de la conquista, hiciesen la descripción del templo que ocupó el sitio que hoy ocupa la catedral, valiéndose de los informes de las personas que lo consideraron principal por el sitio en que estaba, y no por el lugar que le correspondia en la historia. El sabio erudito jesuita español, D. José Acosta, que estuvo en Méjico sesenta años despues de la conquista, cuando nada quedaba en pié de lo antiguo; cuando se habia operado un cambio completo en todo, describió en su «Historia natural y moral de las Indias,» en vez del templo de Tlatelolco y aun del que existió en el sitio en que se encuentra la catedral, otro muy distinto; incurriendo en el mismo error los notables historiadores Herrera y Solís, que copiaron su descripción.

Los informes, por las razones que dejo expuestas, podian no estar de acuerdo con la historia. Esta, por las autorizadas plumas de Hernan Cortés y Bernal Diaz del Castillo, testigos oculares, demuestra que el templo principal, durante los emperadores aztecas, fué el de Tlatelolco; y no es justo despojar al sitio que sirvió de último baluarte á los mejicanos en la heróica defensa que hicie-

ron de Méjico, de uno de sus más notables monumentos.

Así el viajero podrá dirigirse, cuando visite la moderna ciudad, á los sitios notables de la antigua; y al fijar su vista en el modesto templo católico de Santiago Tlatelolco, dar forma, con su creadora fantasía, al soberbio santuario en que los emperadores aztecas se entregaban á la penitencia, antes de ceñir la corona y empuñar el cetro.

¡Cuántas veces me he detenido enfrente de la humilde iglesia católica que hoy existe allí, con el mismo nombre con que la designa Bernal Diaz, y emocionado por los recuerdos históricos, he permanecido quieto, por largo rato, trayendo á la memoria todas las escenas de que fué teatro el gran *teocalli* azteca!

Pero volvamos á ocuparnos del templo mandado levantar por el monarca Ahuitzotl al dios *Huitzilopochtli*.

Dimensiones del templo. La fábrica era soberbia, y en su construcción estaban ocupados muchos millares de indios. Por el lado meridional formaba la continuacion de la línea que desde la acera del Arzobispado continúa hasta la Alcaicería, tocando con el frente de la actual catedral: al Poniente, corria fronterizo á la casa vieja de Moctezuma, quedando entre ambos la calle llamada hoy del Empedradillo, y que en un tiempo se denominó «plazuela del marqués del Valle;» pero por el Oriente y Norte se extendia mucho mas que la manzana que forman la catedral y el vasto edificio contiguo, que fué Seminario hasta hace poco, y llegaba en la primera de estas direcciones hasta la calle de Santa Teresa, y siguiendo la dirección de ésta hasta concurrir con la Enseñanza y de Montealegre (1).

(1) D. Lucas Alaman *Disertaciones*